

En el tricentenario de Fray Esteban de Villa

El bello botamen de la Botica del Hospital de San Juan

(Continuación)

La importancia tan extraordinaria que en las pasadas centurias adquirió la cerámica farmacéutica va muy a tono con el desenvolvimiento y progreso de las ciencias médicas.

Ya en el siglo XVI muestran los alfares de Talavera la producción de sus admirables piezas, y es en esta época cuando se inicia la fabricación del clásico bote de farmacia, época la más floreciente y de estimada perfección, no sólo en el modelado y cochura de las arcillas, sino también en el perfecto dibujo y artística decoración, diciendo P. Platón Páramo en su obra de Cerámica, que en Talavera se cultiva un arte viril muy español y muy personal, que muestran el temple independiente de la raza. Sus jarrones, dentro del estilo barroco, son elegantes y graciosos, y nos dicen la importancia tan esencial que se daba en aquellos tiempos a la farmacia y del genio de inspirados artifices, refinados químicos y orfebres que supieron combinar óxidos de tierras raras para sacar del fuego ese esmalte imborrable cuyo brillo reverbera con policromía de luces.

Los bellos botes de la Botica del Hospital de San Juan, que regentó Fr. Esteban de Villa, fueron fabricados en los célebres alfares de Talavera, por encargo del Abad y monjes Benitos del Real Monasterio, respondiendo por su traza y artística ornamentación a la fama y prestigio de tan singular botica, ya que en ella se confeccionaban los más escogidos remedios con la variadísima colección de fármacos que nos legara el genio animoso de los árabes, unida a las maravillas con que nos obsequió la tierra virgen de América, adquiriendo la farmacia galénica inusitado esplendor.

Tienen estos botes forma de copa alta y estrechada en la boca; son de porcelana blanca talaverana, en cuyo vientre campea, dibujado de azul

cobalto, el manso corderillo que apacible descansa sobre el libro con la cruz y flámula apoyada, emblema del escudo de San Juan, el cual queda orlado por elegante guirnalda coronada. Todos llevan su tapa, también de porcelana blanca con filete y bola, teñidos de azul.

Muy hermosos los dos jarrones o cántaros con airosas asas rematadas en una cara finamente modelada, adornados también con los atributos del Evangelista. Por debajo del escudo se leen las inscripciones con el nombre del medicamento, que aún conservan el clásico latín, conteniendo algunos de los tarros fármacos de la época, como Bayas de Yezgos. Simiente de cártamo. Raíz de Ceodania. Resina de gálbano. Incienso. Tierra del Japón. Diacordia. Ojos de cangrejo. Coralina. Tierra sellada. Gutagamba. Rasuras de marfil. Opopónaco. Esperma de ballena. Trocisco de Vívoras. Jalapa. Corteza de quebracho. Pulpa de Tamarindos. Jacintos. Coral rojo.

En el antiguo edificio del Hospital, cuya bella portada de arco ojival guarnecido de calada crestería daba marco a la romántica placita de San Juan, vimos también algo del viejo laboratorio, grandes peroles de cobre y el curvado alambique de donde salieron las más refinadas esencias de flores, resinas y bálsamos. Y anejo a la botica el jardín de plantas medicinales, la huerta que llamaron «de los rosales», que trazó el P. Mañavía, donde se cultivaron especies que aquellos monjes Benitos recogían con atildada ciencia botánica, cuidando de las flores, de las hojas, de las raíces, de los frutos y semillas de donde habían de salir los principios activos del vegetal para llevarlo, llenos de amor y caridad, al postrado doliente que, con verdadera fe, aguardaba de aquellos frailes la salud y bienestar. En este jardín posaban dos grandes morteros, uno de piedra y otro de jaspé, donde se pistaban las plantas en verde, y florecían viejos rosales, tilos, malvaviscos, melisas, jazmines y tal vez *el árbol de la vida y de la ciencia, la palma cristi, la yerba sagrada, la higuera del infierno*. maravillosos vegetales que Fr. Esteban de Villa estudió y dejó anotados en su luminosa obra «Ramillete de plantas».

Queda también como histórico recuerdo de la famosa botica, el famoso mortero que mandó hacer Fr. Tomás de Paredes, en 1576. Es de forma cónica invertida, truncada en sus bases; mide 36 centímetros de alto y 57 de diámetro; circunda su boca en el borde exterior una cartela con el nombre del autor y año de fundición, y ornamentan su periferia doce columnas salientes y labradas, terminando dos de las opicestas, a modo de asas, en artísticas cabezas de dragón en saledizo. Su aleación es de plata y bronce, como lo delata su color argentino y el sonido limpio y cadencioso de sus notas.

Todos estos seres figuraron en la exposición de Historia organizada con motivo del I Congreso luso-español de Farmacia, convocado en Madrid

en 1948, viva representación de la Farmacia española del siglo XVII, uno de los exponentes más celebrados en el certamen del Congreso.

Una vez más nos permitimos sugerir al Municipio de Burgos, dueño de la histórica botica, de que este bellísimo conjunto, único en nuestra patria, tan íntimamente unido con la Historia de la Cabeza de Castilla, pase a ocupar un lugar reservado del Museo provincial, instalando en una de sus salas no sólo el bello botamen, ejemplar magnífico de cerámica toledana, sino también los demás enseres, morteros, alambiques, peroles y las obras maestras del arte farmacéutico que compuso Fr. Esteban de Villa, juntamente con libros, farmacopeas y antidotarios que integraron la biblioteca de la singular farmacia, todo ello encuadrado en marco de época, manteniendo el sabor de esta página bellísima, que tan primorosamente ilustra el libro glorioso de nuestro querido Burgos.

PASCUAL DOMINGO JIMENO